

Apuntes para una poética existencial del viaje literario (2)

JAVIER DEL PRADO
U.C.M.

MONTAIGNE Y EL VIAJE:

DE LA DOMESTICIDAD ITINERANTE AL DESCUBRIMIENTO DEL *OTRO*

0. Es preciso preguntarse cómo se puede plantear el tema del viaje un filósofo para quien la vida es pura *domesticidad* y que, desde dicha domesticidad, intenta crear una filosofía del hombre en su aquí y en su ahora capaz de abrirnos todas las puertas inmanentistas y relativistas de la filosofía moderna.

Como todos sabemos, la gran preocupación de Montaigne es la afirmación para el yo de un en sí ontológico y social que se asienta en los gestos más cotidianos de la actividad y del pensamiento. Su filosofía parte del acontecimiento diario e inmediato: los encuentros que ha tenido durante la jornada con amigos y sirvientes, las lecturas llevadas a cabo en la soledad de su *librairie*, que ha dispuesto en diferentes pisos en torno a su mesa de trabajo, o los incidentes que han trastocado la monotonía de dicha cotidianidad.

¿Qué problemas de identidad ligados al desplazamiento del yo puede tener una persona así? ¿En qué dimensión podemos hablar de la verdadera vida ausente, del verdadero *vrai lieu*, a cuya búsqueda hay que partir?

Da la impresión de que en Montaigne no es ni el origen ni la meta del viaje lo que interesa, sino la ida -ida cuyo significado, como trayecto o como errancia, tendremos que precisar.

Nada *a priori* nos permite ver en el *viaje* de Montaigne algo que nos recuerde a la *negación viajera* de Du Bellay, en eterna añoranza de un punto de partida hipotético. Con Rabelais, sin embargo, sí existen puntos de contacto: una cierta conciencia etnológica de la diferencia, un cierto relativismo didáctico, una buena dosis de escepticismo, aunque, como ya han puesto de manifiesto autores que se han interesado por él *Journal de Voyage en Italie par la Suisse et l'Allemagne*, el escepticismo que se desprende de las observaciones de Montaigne a lo largo de su vida es muy ligero, a veces incluso desaparece, frente al hecho religioso (piénsese en su peregrinación a Loreto), y nada tiene que ver con el escepticismo de los *Ensayos*.

Una pluralidad viajera y un conjunto de contradicciones que he intentado formular con la expresión tal vez chocante, pero perfectamente justificada, de *el viaje de la domesticidad itinerante*.

1. Montaigne y el viaje en los *Ensayos*.

Existen, como hemos podido ver, muchos viajes antes del de Montaigne. En estos relatos puede leerse entre líneas una filosofía del viaje. En Montaigne esta filosofía, además de las reflexiones que aparecen en el diario escrito día a día, según iba recorriendo las ciudades, nos la encontramos concentrada en uno de los *Ensayos*. Curiosamente, pero siguiendo en ello la técnica de nuestro autor, que, partiendo de un pretexto incidental, puede avanzar en su discurrir reflexivo hacia terrenos insospechados, esta *filosofía* sobre el viaje no la encontramos en un capítulo titulado "Acerca del viaje", como sería normal, sino en un capítulo que lleva por título "Acerca de la vanidad" (Montaigne, 1967: III, 9).

¿Qué sentido puede tener una filosofía del viaje en un capítulo que aparentemente habla de las vanidades íntimas y sociales de este mundo? A mi entender, esta coincidencia no es azar: viaje y vanidad se juntan en un punto para mí muy significativo: Roma.

El gran orgullo de Montaigne, su gran vanidad, no es ser ciudadano de su pueblo o de Francia -un accidente a pesar de todo-, sino haber sido nombrado ciudadano de Roma por el Papa, con lo que el objeto de ensoñación de ese viaje imaginario que son las lecturas y que Montaigne llevaba a cabo desde niño, la Roma de los humanistas, se convierte en la auténtica

patria que fundamenta no sólo la búsqueda material del viajero, sino la búsqueda existencial de un yo.

Pero no nos engañemos: incluso la pertenencia a esta patria primordial tampoco puede ser considerada como un objeto de vanidad, porque, de ser así, el yo no tendría su fundamento en sí mismo, sino en algo externo, transcendente, que, como ya veía en mi primer artículo¹, anularía la voluntad de explicación inmanente del filósofo para el cual la vida y el pensamiento tienen como objeto explicar al yo en su *en sí*.

Pasemos a analizar lo que Montaigne nos dice acerca del viaje en el ensayo sobre la vanidad.

a) El viaje, podemos decir, es para Montaigne la realización o, mejor, el pretexto para que emerjan ciertas condiciones físicas y psíquicas que garanticen la necesaria y nada peligrosa extroversión del yo. La emergencia del otro, la aparición de lo extranjero, puede ser la ocasión que permite la anulación del entorno contingente del yo. Entorno negativo porque se fundamenta en el trabajo, que impide el ocio, y le exige al yo una implicación no deseada que no puede ser sino negativa:

C'est pitié d'être en lieu où tout ce que vous voyez vous embesogne et vous concerne. Et me semble jouir plus gaiement les plaisirs d'une maison étrangère, et y apporter le goût le plus naïf. Diogène répondit selon moi à celui qui lui demanda quelle sorte de vin il trouvait le meilleur: l'étranger, fit-il. (Montaigne, 1967: 383).

El viaje, como libertad para el placer, en el interior de una sencillez originaria. Observemos el resumen metonímico de tal postura, que Montaigne, como siempre, nos lanza a la cara con su sintaxis abrupta: el viaje comparado a un vino que nos produce cierta embriaguez, que permite en cierto modo la puesta entre paréntesis de la buena conciencia laboriosa burguesa y la esclavitud que ésta mantiene con la realidad.

Podemos adivinar, sin embargo, en esta postura, en esta ida hacia la irrealidad que siempre entraña el ocio, una cierta *inconsistencia del yo* de la que Montaigne, por otro lado, siempre habla en sus *Ensayos*.

Je sais bien qu'à le prendre à la lettre, ce plaisir de voyager porte témoignage d'inquiétude et d'irrésolution. Aussi, sont-ce nos maîtresses qualités, et prédominantes.

¹ La primera parte de este trabajo se publicó en *Revista de Filología Francesa* n° 9, pp. 185-200.

Oui, je le confesse, je ne vois rien, seulement en songe et par souhait, où je puisse tenir.

Afirmación curiosa en Montaigne porque pone de manifiesto una cualidad no muy evidente en un hombre doméstico: el lugar sobre el que el yo puede asentarse sólo se encuentra en *sueño* y en *deseo*, no en la realidad. El viaje como proyecto y el viaje como trayecto responden, evidentemente, a esa necesidad.

Tal vez sea porque lo otro, lo extranjero, nos ofrece la necesaria *variedad*, pero sólo si ese otro lo encontramos en la itinerancia, es decir, en la diferencia siempre renovada. Existe en Montaigne una necesidad de diversión considerada no como extroversión inconsciente y lúdica, sino como diversificación, como multiplicación del yo frente al otro, que en cierto modo se convierte en alimento del ser; veremos.

La seule variété me paie. A voyager, cela même me nourrit que je me puisse arrêter sans intérêts et que j'aie où m'en divertir commodement.

Como vemos, el mismo Montaigne emplea el verbo *alimentar*; más tarde, el campo semántico de la alimentación será uno de los que ocupen más lugar en toda la descripción de lugares y ciudades que visita.

Podríamos decir entonces que el viaje de Montaigne tiene un cierto componente de escapismo social. (No podía ser menos en un piscis). Ahora bien, con el fin de no afirmar demasiado nuestra creencia en la astrología, si bien el escapismo de Montaigne bastante tiene que ver con la comodidad de la que siempre hace gala el autor, también tiene que ver, y posiblemente más, con lo que siglos más tarde Mallarmé, describiendo el éxodo de los intelectuales franceses, en peregrinación camino de Bayreuth, llamará *la insuficiencia de la patria*. Frente a la miseria de lo cotidiano que nos impone el entorno social en el que vivimos, la llamada del exterior cobra un valor sagrado al que ni siquiera el hombre doméstico puede resistirse.

L'autre cause qui me convie à ces promenades c'est la disconvenance aux mœurs présentes de notre état. Je me consolerais aisément de cette corruption pour le regard de l'intérêt public (...) mais pour le mien, non.

Si se marcha de la patria, aunque sea momentáneamente, no podrá surgir la añoranza que despierta el paraíso perdido: la patria, en vez de marcar el valor positivo del entorno, lo que significa es siempre una insuficiencia.

Y volvemos de nuevo al tema de la cotidianeidad material que si, por un lado, es la base del asentamiento de la reflexión del yo, por otro lado se nos aparece como el motor básico del impulso viajero de Montaigne.

La actividad cotidiana está impregnada de fervor material y económico. Salvo puntuales emergencias del imaginario y de la actividad lúdica, lo cotidiano impone el trabajo *para ganar dinero*, produciéndolo de manera laboriosa o haciendo fructificar el que ya se tiene. Actividad complejísima para el yo que lo disipa, que lo disuelve y que no le permite pensar en sí:

Quand je voyage, je n'ai qu'à penser à moi et à l'emploi de mon argent: cela se dispose d'un seul précepte. Il est requis trop de parties à amasser. Je n'y entends rien. A dépendre (à dépenser) je m'y entends un peu, et à donner jour à ma dépense, qui est de vrai son principal usage.

Frente a la multiplicidad de actividades para ganar, la sencillez del gasto, y si este gasto se lleva a cabo lejos del espacio de nuestra tortura cotidiana, mucho mejor. Aparece entonces en Montaigne el viaje como vacación, en el sentido profundo del término: una actividad dedicada por entero al yo fuera de las coordenadas espacio-temporales en las que se impone nuestra actividad como negocio.

El ocio sólo es posible fuera de ese entorno social, fuera, en cierto modo, de la *pequeña historia* que nos impone el entorno real cotidiano. Todo ello, sobre todo, si pensamos en la persona que, como Montaigne, no trabaja a sueldo fijo, sino que, dueño de fincas y negocios, mientras vive en ellos, no puede despegarse de una actividad económica.

Sentido romano del ocio, pero que Montaigne no realiza en la *villa* de una manera sedentaria, sino con una actividad viajera en todas las direcciones de la geografía francesa y europea.

Nace entonces un equilibrio necesario y cíclico entre lo económico - vida cotidiana, ascética y productiva- y lo existencial -vida excepcional, placentera y gastadora- que encuentra su más perfecta realización en el viaje, con una dimensión muy moderna: todo un año de trabajo preparando las vacaciones que nos llevan a otro lugar y nos sacan de la historia. La vida, como un movimiento existencial de sístoles y diástoles que siguen el régimen de lo estrecho y de lo avaro y el régimen de lo dilatado y *generoso*.

Montaigne es muy consciente de ese necesario equilibrio. Ni siquiera la economía de un gentilhomme renacentista permite el gasto continuo, y esta visión organiza sus economías con el fin de poder disfrutar de vez en cuando de esa vacación viajera.

Les voyages ne me blessent que par la dépense qui est grande et outre mes forces; ayant accoutumé d'y être avec équipage non nécessaire seulement mais encore honnête, il me les en faut faire d'autant plus courts et moins fréquents et n'y emploie que l'écume et ma réserve, temporisant et différant selon qu'elle vient. Je ne veux pas que le plaisir de promener corrompe le plaisir du repos; au rebours, j'entends qu'ils se nourrissent et favorisent l'un l'autre.

El viaje puede recuperar así el espacio de la gran vacación perdida con la que todos soñamos, la que todos intentamos recrear durante ese periodo de ocio en el campo o al borde del mar: la infancia. En Montaigne, este espacio el viaje lo recupera desde la dimensión propia del erudito humanista: la ida hacia Italia no es sino la ida hacia ese lugar que el viajero conoce desde niño a través de sus lecturas: la ficción viajera por el texto -y toda lectura es un viaje por los meandros del texto, como luego veremos- se hace realidad en el viaje, aunque el viaje cobre valor de cierta irrealidad, a su vez, en un cruce de ficciones en el que el yo profundo encuentra su asentamiento.

Montaigne viaja a Roma, es lógico. Veremos que, cuando llegue, no vivirá su presencia con la añoranza de la Roma antigua con la que la vivía Du Bellay, pero Roma es a pesar de todo el punto de llegada, y nos preguntamos entonces en qué medida también es el punto de partida:

(...) or, j'ai été nourri dès mon enfance avec ceci [los grandes personajes romanos conocidos por los libros]. Et j'ai eu connaissance des affaires de Rome [las verdaderas 'affaires' para el yo, no las otras, económicas] longtemps avant que je l'aie eue de celles de ma maison: je savais le Capitole et son plan avant que je susse le Louvre, et le Tibre avant la Seine.

Y Montaigne precede aquí, como en tantas otras cosas, a Proust: el nombre propio conocido en los libros es el motor de un viaje imaginario - Florencia, Venecia, para Proust- antes de convertirse en el objetivo real de un viaje.

Pero el viaje cobra en Montaigne un sentido más profundo aún desde el punto de vista ontológico: el viaje crea las condiciones del *necesario trastocamiento del yo*.

La estabilidad, el asentamiento en un mismo lugar, que es asentamiento en una misma visión del mundo y en un mismo modo de vida, llevan la existencia hacia la insignificancia. El cambio despierta el yo y lo lanza hacia nuevas visiones del mundo y hacia actividades nuevas. Es, pues, un factor básico de existencia, de un modo muy similar a las revoluciones en el pensamiento romántico de Chateaubriand (durante la revolución el yo no

puede caer en la abulia ni en la monotonía). La estabilidad y el asentamiento dan seguridad al yo, que se complace en sí mismo y en su entorno; la novedad lo convulsiona, pone en entredicho su seguridad y lo obliga a replantearse no sólo su visión del mundo, sino también su existencia.

Parmi les conditions humaines, celle-ci est assez commune: de nous plaire plus des choses étrangères que des nôtres, et d'aimer le remuement et le changement (...) Je tiens ma part. Ceux qui suivent l'autre extrémité, de s'agrèer en eux-mêmes, d'estimer ce qu'ils tiennent au-dessus du reste et de ne reconnaître aucune forme plus belle que celle qu'ils voient, s'ils ne sont plus avisés que nous, ils sont à la vérité plus heureux. Je n'envie point leur sagesse, mais oui leur bonne fortune.

La estabilidad del yo, el asentamiento en su entorno físico e ideológico, permiten la complacencia en lo adquirido, y es camino fácil para la felicidad -burguesa; el cambio, la novedad, imponen la necesaria búsqueda y son camino para el desasosiego-, sabio. El viaje en Montaigne se nos presenta entonces como una metáfora de la conciencia epistemológica: asentamiento que en la seguridad y en la unicidad de lo visto y lo vivido nos lleva a vivir nuestro entorno como un absoluto, y búsqueda y desasosiego que en la experiencia de nuestro entorno como algo relativo desplazan continuamente nuestra visión del mundo y, por consiguiente, los fundamentos de nuestro propio yo.

Cuando Montaigne describe la función del viaje, lo que nos está describiendo es la función y el caminar de la filosofía: filosofar, vivir, es ensayar continuamente. Un ensayo siempre ampliado y dilatado, siempre corregido: sólo existe una escritura posible, los *Ensayos*.

Vivir es ensayar, situarse siempre con la misma conciencia en una nueva situación y, desde este punto de vista nuevo, contemplar y reorganizar el mundo. De ahí que, yendo aún más a fondo en la filosofía viajera de Montaigne, el viaje se constituya como una necesidad permanente: el hombre tiene que asumir de manera continua, no de manera esporádica y circunstancial, *la condición de viajero*, un viajero voluntario que sale de su yo y del entorno que lo configura, y no el exiliado a pesar suyo de la conciencia romántica.

Aristippe s'aimait à vivre étranger partout. Me si fata meis paterentur ducere vitam auspiciis [si el destino me dejara conducir mi vida bajo mis propios auspicios], je choisirais à la passer le cul sur la selle (...).

Afirmación de la itinerancia absoluta. El asentamiento precario de la silla de montar es itinerancia, sede del yo. Pero la itinerancia es al mismo

tiempo desposesión de las pertenencias materiales; ya no hay morada ni castillo en los que se sea señor. El viaje se sueña entonces como una abdicación del poder:

Cette humeur avide des choses nouvelles et inconnues aide bien à nourrir en moi le désir de voyager, mais assez d'autres circonstances y confèrent. Je me détourne volontiers du gouvernement de la maison. Il y a quelque commodité à commander, fût-ce dans une grange, et à être obéi des siens, mais c'est un plaisir trop uniforme et languissant.

Metáfora de los *Ensayos*, el viaje llega a ser entonces metáfora de la vida, metáfora del aprendizaje de la vida. Negación primero del espacio de partida, puesto que la muerte nos obligará a ello. Aprender a viajar y a morir, por consiguiente, lejos de ese lugar reconfortante de nuestro nacimiento.

Si je craignais de mourir en un autre lieu que celui de ma naissance, si je pensais mourir moins à mon aise éloigné des miens, à peine sortirais-je hors de la France; je ne sortirais pas sans effroi hors de ma paroisse. Je sens la mort qui me pince continuellement la gorge ou les reins. Mais je suis autrement fait: elle m'est une partout. Si toutefois j'avais à choisir, ce serait, ce crois-je, plutôt à cheval que dans mon lit, hors de ma maison et éloigné des miens.

Aprendizaje de la itinerancia, puesto que la muerte nos sorprenderá; pero el yo tiene que aprender a recibirla en cualquier parte. La vida es un viaje sin retorno, un viaje que desearíamos no acabara jamás; el punto de llegada del viaje se convierte así en metáfora de la muerte: sería preciso inventarse un viaje en el que nunca llegáramos, que fuera siempre itinerancia, como ha sido preciso inventarse un libro (Le Livre, tal como lo soñarán más tarde los poetas simbolistas) capaz de decir en su pluralidad y en su contradicción un pensamiento y un existir siempre renovados, siempre diferidos...

El gran disgusto de Montaigne cuando viaja será siempre el tenerse que parar para instalarse, aunque sea momentáneamente, en un lugar; necesidad que sienten más aquellos que le acompañan que él mismo:

J'ai vu [pourtant] assez de lieux éloignés où j'eusse désiré qu'on m'eût arrêté. Pour-quoi non, si Chrysippe, Cléante, Diogène, Zénon, Antipater, tant d'hommes sages de la secte plus refrignée, abandonnèrent bien leur pays sans aucune occasion de s'en plaindre et seulement pour la jouissance d'un autre air? Certes, le plus grand des plaisirs de mes pérégrinations, c'est que je n'y puisse apporter cette résolution d'éta-

blir ma demeure où je me plainrais, et qu'il me faille toujours proposer de revenir, pour m'accomoder aux idées communes.

2. Montaigne y su viaje

¿Cómo lleva a la práctica Montaigne esta filosofía del viaje en su *Journal de voyage en Italie par la Suisse et l'Allemagne en 1580 et 1581*? Sin olvidar los presupuestos filosóficos que le llevan a la consideración del viaje como metáfora de la escritura y de la vida misma, será preciso que recuperemos aspectos más elementales y cotidianos. En este *Journal* que, a modo de diario, escribe en tercera persona, encontraremos mezclado lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo anecdótico, lo histórico consagrado ya para la eternidad y lo cotidiano apenas significante; pero sabemos que la gran magia de la escritura de Montaigne -y su gran magia también como vividor- es hacer filosofía de lo banal.

Combien est grand le pouvoir évocateur qu'inspirent les lieux! Ce pouvoir est en cette ville [Roma] infini: où que l'on marche on le fait sur quelque vestige de l'histoire (Cicerón, *Des fins*). Il me plaît de considérer leur visage, leur port et leurs vêtements. Je remâche ces grands noms entre les dents et les fais retentir à mes oreilles. 'Ego illos veneror et tantis nominibus semper assurgo' (Séneca, carta 64). Des choses qui sont en quelques parties grandes et admirables, j'en admire les parties même communes. Je les [los grandes personajes romanos] verrais volontiers deviser, promener et souper. (Montaigne, 1967: III, 9)

Este tránsito constante de lo grande a lo pequeño, de lo sublime a lo cotidiano, ese centrarse cada vez más, a pesar de todo, en lo cotidiano del viaje nos permiten hablar de su *domesticidad*, tal como lo vengo calificando.

No me interesa resaltar en este momento las circunstancias que acompañan la escritura del texto de Montaigne: el descubrimiento del manuscrito, su autoría -qué parte le corresponde a Montaigne y qué parte a su secretario-, su lengua y los problemas que plantea la traducción de los textos en italiano al francés; asentada la autoría de Montaigne, con todos los problemas que ésta plantee, teniendo en cuenta las ediciones y los estudios críticos que sobre el manuscrito se han sucedido, sólo me interesa en este momento resaltar la relación que el texto mantiene con el ensayo *Acerca de la vanidad* y la adaptación a la práctica que el cotidiano viajar y el cotidiano escribir exigen.

Como sabemos, el viaje tiene dos objetivos fundamentales: uno humanístico, recalar en Roma; otro práctico o, mejor dicho, sanitario: ir a la búsqueda de todas las fuentes medicinales famosas en la Antigüedad y en el Renacimiento, capaces de sanar los males de ijada del pobre humanista. Este doble objetivo servirá para crear el trayecto constante de lo práctico a lo culto que observamos en cada página del viaje.

Más que la duración del viaje, dieciocho meses, más que el séquito que acompaña a Montaigne como si de una pequeña corte se tratara -conservando en ello el sentido itinerante de los grupos monásticos y cortesanos medievales-, me interesa poner de manifiesto, antes de analizar el contenido del viaje desde el punto de vista que me preocupa, el título mismo del manuscrito: se trata de un viaje a Italia, sin lugar a dudas, pero no menos importante que este destino son los puntos de referencia del trayecto, *pasando por Suiza y Alemania*. Sabemos que el desvío se debe más a la búsqueda de las fuentes milagrosas que a un capricho itinerante del viajero, pero esta divagación, este recrearse en una tercera parte del viaje por lugares que no constituyen el objeto primordial del trayecto, sirven para poner de manifiesto un contrapunto esencial en la valoración de las observaciones y juicios de Montaigne: su valoración de Italia no sería tal si no tuviera como punto de referencia Alemania -y viceversa-, porque entre Italia, Alemania (y Suiza) y Francia se construye un triángulo de la variedad etnológica que es el espacio en el que puede surgir en el espíritu de Montaigne una clara conciencia de diferencia y de relatividad. Por otra parte, esta divagación sirve para poner de manifiesto una vez más la importancia que tiene en la conciencia viajera de Montaigne el *trayecto*.

2.1. La apertura etnológica

Contrariamente a lo que podríamos creer, si creemos el afán por lo extranjero que domina la conciencia de Montaigne, la penetración en la diferencia del otro no es algo espontáneo: requiere un esfuerzo, exige una práctica, pero una práctica imprescindible por muy difícil que sea.

Monsieur de Montaigne pour essayer tout à fait la diversité des moeurs et des façons, se laissait partout servir à la mode de chaque pays, *quelque difficulté qu'il y trouvât* [Baden].

Observemos una vez más la pertinencia del verbo: ensayar la diversidad de las costumbres, juego de palabras que nos remite una vez más a los

ensayos, pero que nos impone lo que podríamos llamar la voluntad de apertura etnológica.

Esta apertura etnológica aparece en primer lugar con *la alabanza de la diferencia: Mulhouse, deux lieues, une belle petite ville de Suisse du canton de Bâle*. Admiración que acaba en auténtico placer: *il prit un plaisir infini à voir la liberté et la bonne police de cette nation*.

Podría parecer a primera vista que esta alabanza y este placer en la diferencia entrañan un desprecio de lo suyo, tan a flor de piel en algunos viajeros, todo ello debido a la insuficiencia de las patrias y al poder que tiene el viaje para instalarnos en el sueño de la irrealidad; ello, como veremos, no es así en Montaigne, a pesar de ciertas afirmaciones que nos hablan de *un peu de passion du mépris de son pays*. Cuando llegue el momento, Montaigne establecerá el equilibrio necesario entre los bienes que atesora su patria y los que va descubriendo por donde viaja.

Donde mejor se aprecia el equilibrio de la objetividad frente a la diferencia es en la comparación que hace entre Roma y París.

Quant à la grandeur de Rome, Monsieur de Montaigne disait que l'espace qu'environnent les murs, qui est plus des deux tiers vide, comprenant la vieille et la nouvelle Rome, pourrait égaler la clôture qu'on ferait autour de Paris, y en enfermant tous les faubourgs de bout à bout; mais si on compte la grandeur par nombre et presse des maisons et des habitations, il pense que Rome n'arrive pas à un tiers près de la grandeur de Paris; en nombre et grandeur des places publiques et beautés des rues, et beautés des maisons, Rome l'emporte de beaucoup.

Reconocimiento de la condición de París como gran urbe moderna, pero aceptación de la superior belleza de Roma: el punto de comparación no podía haber sido escogido de manera más exacta -de un lado la capital interior del humanismo y del otro la capital exterior del nuevo mundo que emerge.

La apertura etnológica exige para Montaigne el conocimiento directo, de ahí la necesidad del viaje para poder juzgar. De ahí la desconfianza que Montaigne muestra respecto de los relatos de los viajeros comunes; donde éstos encuentran dificultades, él encuentra caminos interesantes; donde éstos encuentran costumbres *extrañas*, por no decir extravagantes, él encuentra *lo extranjero*.

Monsieur de Montaigne disait qu'il s'était toute sa vie méfié du jugement d'autrui sur les commodités des pays étrangers, chacun ne sachant goûter que selon l'ordonnance de sa coutume et de l'usage de son village, et avait fort peu d'états des avertissements que les voyageurs lui donnaient; mais en ce lieu il s'émerveillait encore plus de leur

bêtise, ayant, et notamment en ce voyage, ouï dire que l'entre deux Alpes en cet endroit était plein de difficultés, les moeurs des hommes étranges, chemins inaccessibles, logis sauvages, l'air insupportable. Car à l'air il remerciait Dieu de le trouver si doux (...) et quant aux logis, il ne vit jamais contrée où ils fussent si doux semés et si beaux.

Si no valen las apreciaciones de los viajeros que nos han precedido, puesto que nuestra experiencia las contradice, y en qué manera, tampoco valen los guías espontáneos, sobre todo si no son nativos, pues un guía francés puede caer en los mismos prejuicios que los viajeros comunes. En la imposibilidad de poder elegir un buen guía que hable nuestro idioma, la preparación estudiosa del viaje se hace imprescindible:

[Monsieur de Montaigne] tous ces jours-là ne s'amusa qu'à étudier Rome. Au commencement il avait pris un guide français; mais celui-là, par quelque humeur fantastique s'étant rebuté, il se piqua par sa propre étude de venir à bout de cette science, aidé de diverses cartes et livres qu'il se faisait lire le soir, *et le jour allait sur les lieux mettre en pratique son apprentissage*; si que en peu de jours, il eût aisément reguidé son guide.

2.2. El viaje fallido

Desde estas perspectivas, el viaje fallido viene dado por la no penetración, directa, auténtica, en el universo del otro, por haber permanecido en el suyo propio a pesar de las apariencias de un viaje exterior. Este fracaso puede venir en primer lugar al estar acompañados de un mal guía que pervierte desde su condición de extranjero el conocimiento del otro; de ahí la necesidad de la compañía de un gentilhomme del país que se visita, que además hable nuestro idioma; en ausencia de éste, de ahí la necesidad de una preparación, aprovechando las buenas guías que ya existen, como la de Munster que menciona.

Pero los esfuerzos se pueden venir abajo si en el país extranjero nos encontramos continuamente las señas de identidad del país propio que hemos abandonado. Esto puede ocurrir porque la ciudad que visitamos está llena de compatriotas:

..... Monsieur de Montaigne se fâchait d'y trouver [en Roma] un si grand nombre de français qu'il ne se trouvait en la rue quasi personne qui ne le saluait en sa langue;

claro que este fracaso se puede convertir en desastre si, como en Pisa, la ciudad se ha convertido en un *rendez-vous* de franceses.

Nous y fûmes tout le lendemain et vîmes les écoles d'esgrime, du bal de monter à cheval, où il y avait plus de cent gentilshommes français; ce que Monsieur de Montaigne contait à grande incommodité pour les jeunes hommes de notre pays qui y vont, d'autant que cette société les accoutûme aux moeurs et au langage de leur nation et leur ôte les moyens d'acquérir des connaissances étrangères.

Observemos que este fracaso viene dado tanto o más por la presencia de unas costumbres que no se abandonan, como por el uso continuo del *lenguaje de su nación*, de la lengua madre, que impide el extrañamiento epistemológico que el empleo de toda lengua extranjera impone. Cuando llega a Mont-Cénis, Montaigne recupera el francés y, si bien siente cierto alivio perezoso, lo que se impone en él es el sentimiento de fastidio y de fracaso:

Ici on parle français; ainsi je quitte ce langage étranger, duquel je me sers bien facilement, mais bien mal assurément, n'ayant eu loisir, pour être toujours en compagnie de français, de faire nul apprentissage qui vaille.

2.3. La domesticidad diferida

A lo largo de todo el viaje, podemos ir observando que la diferencia, sin embargo, no se sitúa en planteamientos abstractos ni teóricos, en algo fundamental que diferencia a los seres; la diferencia, tanto ética como étnica, suele situarse en elementos domésticos mínimos: no es Dios o el tema de la muerte lo que diferencia a los seres, sino aspectos minúsculos para decir y celebrar a Dios y a la muerte. Nos vale para ello, en todo momento, estudiar el ejemplo protestante que Montaigne, católico, tiene continuamente ante los ojos. La diferencia no está en lo esencial, sino en lo accidental, y la relatividad se sitúa en el nivel de las manifestaciones metonímicas o metafóricas de una misma realidad.

De ahí la importancia que para establecer dicha diferencia Montaigne le concede en primer lugar al hábitat de los diferentes pueblos que atraviesa: las casas, su exterior, su interior, el entorno doméstico, su construcción y el material que se emplea, la disposición de su interior, la existencia de galerías acristaladas o de patios, los sistemas de calefacción, las formas de las chimeneas, las formas y materia de los muebles. Todo ello pone de manifiesto la riqueza o pobreza de las ciudades que atraviesa y, en ésta, la existencia de una comodidad material que impone al viaje una conciencia burguesa plenamente moderna, aunque sin olvidar la relación que dicha riqueza mantiene con su entorno cósmico.

Es ejemplar, a este respecto, la descripción que nos hace de la ciudad de Bâle y de su entorno:

En toute cette contrée, depuis Épinal, il n'est si petite maison de village qui ne soit vitrée, et les bons logis en reçoivent un grand ornement, et au dedans et au dehors, pour en être fort accomodé, et d'une vitre ouvrée en plusieurs façons. Ils y ont aussi foison de fer et de bons ouvriers de cette matière; ils nous surpassent de beaucoup et en outre il n'y a si petite église où il n'y ait une horloge et cadrans magnifiques (...) ils sont somptueux en poêles, c'est-à-dire en salles communes à faire le repas. En chaque salle, qui est très bien meublée d'ailleurs, il y aura volontiers cinq ou six tables équipées de bancs, là où tous les autres dînent ensemble, chaque troupe en sa table. Les moindres logis ont deux ou trois telles salles très belles; elles sont fort percées et richement vitrées (...)

A este respecto, Alemania marca la diferencia positiva frente a Francia:

Mais quant aux maisons privées, elles sont [en Constanza] et aux villes et aux champs, par la route que nous avons tenue, sans comparaison plus belles qu'en France.

Italia, curiosamente, marca la diferencia en negativo: *Les logis il les trouvait beaucoup moins commodes qu'en France et en Allemagne*. Esta diferencia en negativo acompañará toda la visión de Italia excepto cuando se refiera al campo artístico, pero de mujeres y de manjares hablaremos luego.

La diferencia en las costumbres Montaigne empieza observándola en la iglesia, pero veremos que son diferencias insignificantes para nuestra mentalidad moderna y tal vez para la suya. En Horn, Montaigne va a misa y puede ver cómo, cosa que le llama la atención, las mujeres se sitúan a la izquierda y los hombres a la derecha, sin mezclarse; cómo en lugar de juntar las manos para rezar ellos las separan y las levantan hacia el cielo. Detalles insignificantes que valieron algunas guerras. El escepticismo de Montaigne o, mejor, su sentido de la tolerancia, que va más allá de la superflua diferencia, lo sitúa en esa corriente que desde los ilustres humanistas nos lleva al tratado de Voltaire *Sur la tolérance*, adelantándose ya a ecumenismos modernos y a reformas vaticanas, no tan modernas ya. Llama también su atención, pero ello es sólo objeto de broma, las diferencias -no tantas- en el vestir: nada estafalarío ve en ello: *[en Baden] les vêtements ordinaires des femmes me semblent aussi propres que les nôtres, même l'accoutrement des têtes*.

Ahora bien, el señor de Montaigne no puede olvidar el objetivo esencial de su viaje -la visita a los balnearios, llamémoslos así, por motivos clínicos. Si esta dimensión del viaje pudiera encontrar un sentido profundo, si tratásemos de explicar los recovecos profundos y mínimos del alma doméstica del escritor aquí, en el contexto que nos ocupa es de mínima importancia. Montaigne, obsesionado por sus cólicos, nos describe con detalle obsesivo, anunciador de la histeria clínica de Rousseau, la calidad de las aguas que se encuentra en las múltiples ciudades visitadas, la cantidad de vasos que se bebe al día y las veces que se baña. Eso sí, sin olvidar nunca el contrapunto que marca la diferencia, pues incluso en este aspecto el viaje es la invitación a penetrar en los dominios del otro:

La façon du pays, c'est seulement de se baigner deux ou trois fois le jour. Aucuns prennent leurs repas au bain, où ils se font communément ventouser et scarifier, et ne s'en servent qu'après s'être purgés. S'ils boivent, c'est un verre ou deux dans le bain. Ils trouvaient étrange la façon de Monsieur de Montaigne, sa médecine précédente, qui en buvait neuf verres, qui revenaient environ à un pot, tous les matins, à sept heures, dînait à midi et le jour qu'il se baignait, qui était de deux jours l'un, c'était sur les quatre heures, n'arrêtant au bain qu'environ une heure. Et ce jour-là, il se passait volontiers de souper.

La diferencia, como marca inequívoca incluso cuando se comprende al otro, de la singularidad del hombre inmanente que Montaigne lanza en su domesticidad hacia el devenir precario de los siglos futuros.

Observador minucioso de las costumbres y de las cosas materiales, Montaigne no lo es menos de las personas, incluso en su dimensión física, sobre todo si se trata de mujeres. A este respecto, la experiencia viajera del autor desmonta tanto el mito de la belleza femenina francesa como el posible mito del gentil caballero italiano, sea florentino o romano.

(...) quant à la beauté parfaite et rare, il n'en est, disait-il, non plus qu'en France; et sauf en trois ou quatre il n'y trouvait nulle excellence; mais communément elles sont plus agréables et ne se voit pas tant de laides qu'en France. La tête elles l'ont sans comparaison plus avantageusement accomodée, et le bas, au-dessous de la ceinture. Le corps est mieux en France: car ici elles ont l'endroit de la ceinture trop lâche, et le portent comme nos femmes enceintes; leur contenance a plus de majesté, de mollesse et de douceur.

Ya en palabras de Montaigne nos encontramos por un lado con la gracia de la cabeza de la mujer italiana y por otro lado con la *morbidezza* de su cuerpo, dos aspectos que tanto influirán en la literatura francesa del realismo cuando autores como Balzac y, sobre todo, Stendhal cojan como

punto de referencia de sus heroínas los cuadros de los grandes maestros italianos. Pero ya, también, esa observación escondida que sitúa la calidad de la mujer francesa en algo que no tiene que ver necesariamente con la belleza, un modo de ser del cuerpo que poco a poco irán imponiendo a Occidente las modas y sus acólitos.

Los hombres italianos no salen, sin embargo, bien parados. Lo que más tarde será la belleza mediterránea, una cierta morenez que nos distingue de los europeos nórdicos, le parece a Montaigne -gascón, sin embargo, y por tanto con una tez bastante arrugada y *bistre*- en cierto modo vulgar, a pesar de sus maneras que, según parece, los franceses, demasiado exquisitos, no comprenden.

(...) et parce qu'ils sont un peu plus bruns que nous [ils ont] l'apparence un peu vile: courtois ou demeurants, et gracieux tout ce qu'il est possible, quoique dise le vulgaire des français, qui ne peuvent appeler gracieux ceux qui supportent malaisément leurs débordements et insolences ordinaires.

Si el italiano no sale bien parado, peor sale el francés en ese juego de espejos que constituye siempre la experiencia viajera: insolencia francesa que tan difícilmente reconoce la nación vecina, y esa palabrería desbordante que pretende ser graciosa y a la que llaman *esprit*.

En este acercamiento a las costumbres y presencias físicas del otro llama la atención el interés que pone Montaigne en entrar en contacto o, al menos, en acoger, como si de un acontecimiento histórico se tratase, los pequeños gestos y las pequeñas anécdotas de las personas con quien entra en contacto. Aparece a cada instante el Montaigne de los ensayos que, según recorre sus campos, va recogiendo anécdotas que luego le servirán como punto de partida o como ilustración de su filosofía doméstica. Por ejemplo, la historia de *un habitant du lieu* [la ciudad de Luca], *soldat qui vit encore, nommé Giuseppe*. Se trata de una persona a la que los turcos, en una redada, cogieron cuando era niño; circunciso en tierra islámica, se casa y se convierte en un auténtico mahometano que vuelve a sus tierras para piratearlas y es cogido; prisionero, se declara cristiano y, puesto en libertad, reconoce a su madre, que se muere de sorpresa; abjura e intenta recuperar el espacio del cristianismo perdido, pero, turco en el corazón, porque su educación ha sido turca, se escapa y vuelve para ser hecho prisionero de nuevo, etcétera. Montaigne, que se aloja en la casa de tan singular personaje, no puede escapar al embrujo *relativista* que dicha historia encierra, puesto que la esencia de uno no es sino resultado de un conjunto de azares a los que no puede escapar.

Y llegamos en este capítulo al apartado posiblemente más interesante del viaje de Montaigne, el que se refiere a la comida. Montaigne, en perfecto filósofo de la domesticidad, le atribuye una importancia constante y profunda.

No se trata sólo de comparar precios -y Montaigne los compara en todo momento: *on tient que Florence soit la plus chère ville d'Italie*. Se trata sobre todo de comparar formas y calidades. Formas y calidades en la presentación de viandas y bebidas:

Leur service de table [en la ciudad de Mulhouse] est fort différent du nôtre. Ils ne servent jamais d'eau à leur vin, et ont quasi raison; car leurs vins sont si petits que nos gentilshommes les trouvaient encore plus faibles que ceux de Gascogne, fort baptisés, et ils ne laissaient pas d'être bien délicats. Ils font dîner les valets à la table des maîtres (...) ils mêlent diverses viandes ensemble, bien apprêtées et d'une distribution bien éloignée de la nôtre, et les servent parfois les unes sur les autres par le moyen de certains instruments de fer.

Su curiosidad, sin embargo, no se contenta con la comida de la fonda. Va a los mercados y allí, en presencia del género, compara la mercancía extranjera con los recuerdos que tiene de las carnes y los pescados franceses:

On y [en Italia] mange moins de poisson qu'en France; notamment leurs brochets ne valent du tout rien et les laisse-t-on au peuple. Ils ont rarement des soles et des truites, des barbeaux fort bons et beaucoup plus grands qu'à Bordeaux; mais chers. Les dorades y sont en grand prix et les mulets un peu plus grands que les nôtres et un peu plus fermes. L'huile est si excellente que cette piqûre qui m'en demeure au gosier en France, quand j'en ai beaucoup mangé, je ne l'ai nullement ici (...). Leur mouton ne vaut rien et est en peu d'estime.

¿Por qué atribuir tanta importancia a la comida? Estamos con Montaigne. La comida, es decir, aquello que el cuerpo asimila para convertirlo en vida, es la síntesis metafórica de un pueblo. El que viaja, si no penetra en el universo culinario de la nación que visita, difícilmente penetrará en otros niveles aparentemente más serios. La comida se convierte en Montaigne en la metáfora del conjunto de recuerdos y de elementos asimilados de un otro conocido y transitado. Cuando volvamos a nuestro país, la mente seguirá alimentándose de recuerdos cada vez más desvanecidos, salvo si nos llevamos con nosotros algo de su esencia que podamos seguir asimilando y haciendo nuestro. De ahí la nostalgia que Montaigne siente cuando, al finalizar su viaje, intenta recapitular los bienes adquiridos y se da cuenta de que para que aquél hubiera sido perfecto, le han faltado tres

cosas: primero, como ya dijimos, una preparación sistemática del viaje mediante el estudio de algún libro introductor; en segundo lugar, el haber viajado en compañía de un nativo capaz de meterle en los secretos a los que no tiene acceso ni el turista solitario ni el turista llevado por un guía *perverso*; y en tercer lugar, y sobre todo, el no haber llevado consigo *un cuisinier pour l'instruire de leurs façons et en pouvoir un jour faire la preuve chez lui*. Y recuperamos de nuevo el viaje como ensayo, como repetición, que en este caso continúa la asimilación del otro, un otro que ya es casi nosotros mismos. La comida se presenta para Montaigne como la metáfora perfecta de la diferencia asimilada.

2.4. La insoslayable itinerancia

Lo que a Montaigne le interesa en su viaje es, ante todo, la emergencia continua de lo desconocido, la novedad que provoca un sobresalto y lo extranjero que obliga a la extroversión del yo.

Je crois à la vérité que, s'il eût été seul avec les siens, il fût allé plutôt à Cracovie ou vers la Grèce, par terre, que de prendre le tour de l'Italie; mais le plaisir qu'il prenait à visiter les pays inconnus, lequel il trouvait si doux, que d'en oublier les faiblesses de son âge et de sa santé, il ne le pouvait imprimer à nul de la troupe, chacun ne demandant que la retraite. Là, où il accoutumait de dire qu'après avoir passé une nuit inquiète, quand au matin il venait à se souvenir qu'il avait à voir ou une ville ou une nouvelle contrée, il se levait avec désir et allégresse (...) cherchant toutes occasions d'entretenir les étrangers.

No podemos olvidar que este ímpetu viajero pertenece a una persona que ya no es joven y que padece dolores continuos de riñón, ya que el viaje ha sido motivado en el fondo por su enfermedad. Pero la necesidad de ir hacia lo desconocido y por los terrenos más desconocidos posible es tal que, según nos dice el texto, toda la compañía de Montaigne se queja de que les lleva por los caminos más heterodoxos, dando vueltas, haciendo y deshaciendo camino, con el fin de pasar por los lugares que nadie podía sospechar. La única respuesta que el viajero les puede dar es la siguiente: *qu'il n'allait, quant à lui, en nul lieu que là où il se trouvait, et qu'il ne pouvait faillir ni tordre sa voix, n'ayant nul projet que de se promener par les lieux inconnus*. Lo único que le preocupa es no pasar dos veces por el mismo camino, y no volver a ver dos veces el mismo lugar. Itinerancia continua, pero itinerancia que nos lleva siempre hacia adelante, porque lo que importa, por un lado, es ver siempre algo nuevo, pero importa aún

más no volver sobre sus pasos, porque volver sobre sus pasos sería anular la esencia misma del viaje -de la vida-, es decir, ir siempre hacia adelante, ir siempre hacia un espacio no vivido. Estamos con Montaigne en lo que podríamos definir como el antiviaje a las fuentes. Si va a Roma, a pesar de todos los pesares que evoca el humanista que se ha formado desde su más tierna infancia en una ciudad de ficción de la que, como ya dijimos, es ciudadano, lo hace porque su compañía le lleva hacia ella, es la meta obligada; pero Montaigne en Roma tiene ya asentada una parte de su yo, y nada nuevo le puede ofrecer:

Quant à Rome, où les autres visaient, il la désirait d'autant moins voir que les autres lieux qu'elle était connue d'un chacun, et qu'il n'y avait laquais qui ne leur pût dire nouvelles de Florence et de Ferrare.

Comprendemos entonces la importancia que da a los pueblos germanos visitados, por muy pequeños que sean, y la importancia que cobran en Italia no las grandes ciudades, sino las ciudades menores, aquellas que aún no se conocen, es decir aquellas que no guardan aún una parte de nosotros mismos.

Lo malo del viaje es la llegada, incluso la llegada parcial de la etapa: *il haïssait le voisinage du lieu où il se dût reposer*, porque pararse, descansar, se convierte de manera inevitable en pronta metáfora de la muerte. Hay que viajar continuamente; comprendemos ahora mucho mejor cómo el viaje podía ser metáfora del libro que se está escribiendo, del cuento que se nos está contando: si el cuento acaba, si no hay posibilidad de prolongarlo o de introducir en él variantes que lo ramifiquen al infinito -Shéhérazade-, lo que llega inevitablemente es la muerte. Por eso es preciso dilatar al máximo el *fort plaisant conte* que es la vida, dilatar al máximo el *beau livre* que en cuanto nos descuidamos *viene bientôt à finir*. La vida es ensayo para la muerte, que es preciso *apprivoiser*, y el viaje que realizamos y el libro que escribimos, ensayo, siempre ensayo, son las metáforas perfectas.